jenca: éste prefirió a Homero y a aquel a Virgilio; unos prefirieron a Lamartine y otros a Víctor Hugo.

En cuanto a mi sé el parecer de Saint-Evremond: si circunstancias de viaje o otras me obligan a tener un solo libro me quedaría con el D. Quijote; por admiración y también por agradecimiento por las horas deliciosas que le debo. El buen Musulmán hace cada año la romería de la Meca; desde mi juventud, cada año he acompañado el ingenioso hidalgo desde su primera salida para el campo de Montiel hasta su vuelta de Barcelona, y cada vez con nuevo placer.

Por lo demás, el D. Quijote ha excitado la admiración de todas las naciones desde su aparición y probablemente más que libro alguno, a juzgar por las ediciones que de él se han hecho según una noticia que tengo a la vista, en los 267 años que cuenta de existencia, se han hecho 1175 ediciones en Europa: 417 en Español, 301 en Inglés, 169 en Francés, 96 de Italiano, 81 en Portugués, 70 en Alemán, 13 en Sueco, 8 en Polaco, 6 en Danés, 4 en Griego, 4 en Ruso, 2 en Romano, 2 en Catalán, 1 en Vascongado y 1 en Latín.

Este libro encantador ofrece la particularidad de presentar varios perfiles magistrales independientes de la principal expresión que le dió el artista. Señalaremos algunos.

Cervantes tuvo en vista ridiculizar la caballería andante y sus historiadores, y apenas apareció la primera parte de la obra que sus contemporáneos vieron en sus principales actores, alusiones a Carlos V y al duque de Lerma; alusiones que negó constantemente el autor.

Hay una tradición según la cual, instado a sus últimos momentos por algunos amigos de decir quien era D. Quijote, Cervantes contestó: D. Quijote soy yo. Si esa tradición es infundada como lo hemos dicho, es preciso confesar que es muy verosímil. ¿Cuántos ensueños de gloria no habrá formado la ardiente imaginación del soldado de Lepanto, cuando la juventud hacía latir su intrépido corazón? Cuántas amarguras reflexiones no habrá hecho más tarde su poderosa inteligencia, sobre la vanidad de la gloria, cuando después de su cautiverio en Argel volvió a su patria, ya entrado en años, pobre y manco? Está fuera de duda que esa posición moral ha debido ayudar mucho a su inimitable talento para concebir el plano y describir los episodios del libro inmortal.

Ningun pensador puede leer el D. Quijote sin notar desde el primer capítulo la profunda analogía que existe entre el grupo del caballero andante y su escudero, y el dualismo del alma humana: el primer movimiento siempre noble y generoso; el interés con sus cálculos combatiéndolo al momento.

Se ha visto también en la personificación de Sancho Panza el advenimiento del buen sentido en la discusión de los negocios públicos; muchos consideran este hecho como la gran creación de Cervantes.

No obstante la exactitud de esos varios perfiles del D. Quijote, no tuvo su autor la mente de dárselos, y la lectura del libro lo prueba evidentemente. Este hecho nos hace recordar haber visto sobre la plaza de una pequeña ciudad de Bretaña, una hermosa estatua de Duguay-Trouin. El héroe marino está representado en medio de la tormenta, sin sombrero y su boeina en la mano. Los habitantes enseñan al viajero varios grupos que representan, mirados desde ciertos puntos de la plaza, sus cabellos alzados por el viento.

Dos objeciones se han hecho a la obra de Cervantes.

Lord Byron pretende que España ha pagado muy caro la gloria de su gran escritor porque, según él, el D. Quijote, al dar en tierra con la institución de la caballería andante, apagó su carácter caballeresco. Lord Byron padece de un gran error: España ha sido una

nación poderosa y rica: hoy no lo es, pero es siempre la nación caballeresca y es siempre su carácter distinto entre las demás naciones.

Los hombres de mucha imaginación están a menudo estraviados por ella; hace poco, en un estudio sobre Lord Byron, Emilio Castelar lo calificó de representante genuino de la nación Inglesa. Es preciso no ser organizado como los demás para ver en el corifeo del escepticismo el representante de la raza Anglo-Sajona, la raza de fe profunda.

Se ha reprochado también a Cervantes de burlarse del ideal: en sus páginas Aquiles se ha vuelto D. Quijote y Beatriz Dalcinea del Toboso. Ese reproche tiene mucho más visos de verdad que el primero, pero, como lo nota muy bien Víctor Hugo, ese defecto es mas aparente que real: «mirad bien, dice el gran poeta, esa risa tiene una lágrima, en realidad, Cervantes está a favor de D. Quijote como Molière está a favor de «Alceste».—Chateaubriand participa también de esa opinión, cuando llama a D. Quijote el mas amable, el mas cuerdo y el menos loco de todos los hombres.

Este hecho señalado por Víctor Hugo, que pueden constatar todos los que saben leer, viene a dar un gran peso a la tradición que quiere que Cervantes se haya retratado a sí mismo en el personaje de D. Quijote. Sin embargo, lo hemos dicho ya, es evidente que se propuso un sujeto diferente; pero creemos que en su noble y caballeresca organización, en los hechos heroicos de su juventud, en el abandono y la pobreza de su edad madura y de su vejez, encontró todos los materiales para su fabulosa sublime.

Es natural después de concluir un libro cuya lectura nos ha interesado, preguntarnos quién era ese hombre a quien Dios dotó del poder admirable de encantar y de convencer a sus semejantes. Sucede entonces, a menudo, que nuestra admiración se convierte en la mayor extrañeza ó en el mas amargo desencanto, como nos sucede, por ejemplo, después de haber leído las admirables páginas de Juan Jacobo Rousseau sobre la maternidad, al recordar que el autor abandonó sus propios hijos.

Si consideramos la persona del autor del D. Quijote, cautiva al momento nuestra admiración y nuestra simpatía como lo había hecho el libro.

El día de Lepanto le sorprendió enfermo de cálculas; sus gefes y sus camaradas quisieron persuadido que debía quedarse quieto en la cámara de la galera; por contestación pidió al Capitán le destinase al paraje de mayor peligro; este accedió y le colocó junto al esquife con doce soldados; allí recibió tres acabuzos durante la batalla: cayó en el pecho y otro en la mano izquierda, de la cual quedó manco y estropeado.

Volviendo a España fué cautivado durante la travesía por los corsarios de Argel en cuyo punto pasó cinco años en la mas dura esclavitud. Sus tentativas de evasión sobrepasan en audacia la célebre aventura de D. Quijote con los leones; el mismo carácter las distingue todas: están emprendidas para libertar un gran número de sus compañeros de cadena. Se comprende a primera vista que un hombre dotado de un alma de ese temple y de los recursos de su ingenio podía libertarse facilmente de la esclavitud y no ensaya una sola vez de evadirse sólo. Sus diferentes tentativas de evasión se frustran todas por la delación de los traidores; Cervantes ha imaginado el plano, corrido con las diligencias para devolver a la libertad sus desgraciados compañeros; descubrió el proyecto, el sólo asumió la responsabilidad delante de los renegados, sus feroces dueños: él es quien ha forjado el plano, supplicado a sus compañeros que huyesen, él solo es culpable, los otros no han hecho mas que obedecerle. Todos creen que va a mo-

rir en los tormentos, y salva por milagro. La misma escena se repite en dos ocasiones diferente. No se encuentra nada igual, ni en las mismas páginas del D. Quijote; parece que el ingenio tan fecundo, sin embargo, del novelista no haya podido igualar en sus concepciones la nobleza de alma del hidalgo.

Cervantes tuvo todas las cualidades de su gloriosa nación: la imaginación, la caballerosidad y el valor, sin tener sus defectos: el exclusivismo y la intolerancia.

Se han señalado varias causas al eclipse que nubla de-de un siglo el brillo de España; se ha hablado del oro del Perú, de la expulsión de los moros, de las dinastías extranjeras etc; esas causas pueden haber influido, pero solas no bastan para explicar el fenómeno. Otras naciones han resistido a causas mas serias de decadencia.

España tiene la imaginación y el valor de las naciones de raza Latina, pero no tiene la sociabilidad expansiva que caracteriza a sus hermanas; su carácter nacional tiene el exclusivismo y el orgullo de la Inglaterra; el yugo Español es tan pesado para los pueblos como el yugo Ingles. De ahí la separación violenta de las colonias Españolas é Inglesas de la metrópoli, y el sentimiento de hostilidad que ha sobrevivido en unas y otras a la separación.

La Luisiana y el Canadá recuerdan a Francia con amor; los habitantes de la isla Mauricio apedrearon a Hudson Lowe cuando quiso bajar a tierra y mandaron regalos de su isla a Beranger cuando estuvo preso; se sabe el espectáculo que hoy ofrecen la Alsacia y la Lorena. No obstante su vanidad, su ligereza y su pasión loca para la gloria militar, los pueblos agradecen a Francia su amor por la humanidad y corresponden a su ardiente simpatía. Con virtudes mas sólidas, España ha faltado a la ley de amor, y los pueblos se han apartado de ella, y la ley de la civilización moderna quiere que quien se aísla se quede atrás.

Cervantes no tiene nada del exclusivismo Español; diríase que tuvo el presentimiento de que todas las naciones un día admirarían su talento y venerarían su nombre. En sus viajes a Italia aprendió a amar y a admirar la cultura de la civilización moderna. Va a Portugal y se entusiasma por la belleza de sus campiñas, la dulzura de su idioma y la hermosura de sus mujeres; simpatiza con Francia y es benévolo con Inglaterra. Su genio es esencialmente humano, ese carácter, por lo demás, se nota en todos los hombres verdaderamente superiores.

Su vida privada fué admirable. En los apuros de su pobreza el escritor no rebajó su pluma ensalzando los poderosos—Mas grande en eso que Shakespeare que prodigó el incienso a la reina Elisabeth que nunca le atendió—El soldado de Lepanto se presentó al rey suplicando sus servicios, sus heridas y los honorables certificados de sus ilustres gefes, D. Juan de Austria y el duque de sesa; todo quedó sin efecto.

Soportó sin quejarse tan irritante injusticia y pidió a su pluma sus medios de existencia; fué entonces que dos hombres ilustres: D. Bernardo de Sandoval y Rojas, Cardenal Arzobispo de Toledo, y D. Pedro Fernandez de Castro, séptimo conde de Lemos, empezaron a socorrer tan noble pobreza.

El agradecimiento del hombre de bien igualó la noble dignidad del hidalgo y la resignación del filósofo. Tres días antes de morir escribió al conde de Lemos: «Ayer me dieron la estremaunción y hoy escribo esta: el tiempo es breve, «las ansias crecen, las esperanzas menguan y con todo esto llevo la vida sobe el deseo que tengo de vivir, y quisiera yo ponerle coto hasta besar los pies a V. E. que podría ser fuese tanto el contento de ver a V. E., bueno en España, que me volviese a dar la vida y pero si está decretado que la haya de perder, cúmplase la voluntad de

«los cielos, y por lo menos sepa V. E. este mi deseo, y sepa que tuvo en mí un tan aficionado criado de servirle, que quizo pasar aun mas allá de la muerte, mostrando su intención...»

El cielo ha accedido al postrer deseo de Cervantes: ha servido a su bien hechor mas allá de la tumba, le ha dado la inmortalidad! El nombre del conde de Lemos encabeza la segunda parte del D. Quijote y el D. Quijote es inmortal, Galo.

COLABORACION.

Cañada Honda.

UN SUCESO TERRIBLE.

Una nueva desgracia viene a aumentar el crecido número de las que por fatalidad presenciamos casi todos los días, debido a ese estado de abandono en que se encuentra nuestra pobre campaña no obstante la prédica del «Monitor» y de los demás órganos de nuestros pueblos; por «Predicame padre, que por un oído me entra por otro me sale.» El día 22 del presente, poco antes de ponerse el sol, llegaban a la casa de negocio de D. Carmelo Avalos, (Cañada de los toros) cinco individuos, y despues de merendar y tomar cerveza, le pidieron un cigarró al citado Avalos, el cual se los fué a dar con toda la buena voluntad que le es característica, cuando de improviso le tomó uno de la muñeca saltando en el mismo auto otros dos el mostrador poniéndole los puñales al pecho para que se dejase amarrar como lo hicieron, empezando a robar cuanto había y les gustaba, y habiendo hablado algo Avalos, le dieron un golpe en la cabeza haciéndole una herida aunque no de gran consideración, según lo sé por él; pero si hay que lamentar la muerte de un infeliz que se hallaba allí en esos momentos acompañando como amigo, (por no estar el dependiente) cuyo individuo trató de salir a buscar armas pues no tenía ni cuchillo, pero fué atacado bruscamente y cayó, despues de defenderse con las manos, cruzado con cuatro puñaladas y la cabeza completamente hecha trizas con feroces achazos.

En estos momentos (4 de la tarde del día 24) me dicen que acaban de ser capturados dos individuos cerca de la Cañada Honda, que se creen sean de los bandidos, pues no solo dormían entre los cardos sino que tienen gran cantidad de ropa y ponchos viejis con los papeles y letreros que tienen en las tiendas.

¿Cuándo será el día que se dote nuestra campaña de una verdadera policía... y cuando también tendrán nuestras autoridades el suficiente coraje de hundir para eterna memoria a cada uno de esos bandidos, así como ellos hunden sin piedad el puñal en el corazón del hombre honrado! ¡Oh tiempos! Es posible que haya llegado el momento de ser mas respetada la vida del asesino que la del honrado y pacífico ciudadano..... «Desgracia eterna» como dice Renan.

S. D. C.

Noviembre 24 de 1872.

Exaltación de la Cruz.

LA VIRUELA, LA VACUNA Y LA INCURIA.

Ya tenemos otra vez a nuestras puertas a la viruela, esa fatídica viruela que tanto tiempo ha aislado estas comarcas como si hubiese sentado sus reales en ellas.

Esta enfermedad, cuya causa está oculta aun hoy a la observación y al análisis, es uno de esos flagelos que arrebató la vida de muchos, a veces colectivamente cuando es epidémica; otras veces aisladamente, cuando es esporádica, como si fuese a tal ó cual lugar a elegir de preferencia a su víctima.

Esta funesta enfermedad, contra la cual tantas veces se estrellan los recursos de la medicina, ofrece un peligro